

GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Concurso de GENTE VIEJA

ACTA DEL JURADO

Los que suscriben, designados por la Redacción de GENTE VIEJA para ser jueces en el concurso de artículos sobre *El Modernismo*, acordaron que debía otorgarse el premio ofrecido al designado con el lema *Pax in Lumen*.

Y para los efectos consiguientes firman esta acta en Madrid á 24 de Marzo de 1902.—*Manuel del Palacio*.—*B. Pérez Galdós*.—*Jacinto Benavente*.

Para el concurso de GENTE VIEJA.

¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del arte en general y de la literatura en particular? ¹

Lema: *Pax in Lumen*.

Apenas nacido el modernismo, D. Hermógenes lo dió por muerto.

Y quisieron acabar de enterrarlo comerciantes, modistas, peñadoras, y hasta las criadas de servir. Hoy apenas existe jefe de negociado que no sepa burlarse de *los modernistas*, ni chulo de género chico que no crea un deber el hacer chistes con la palabreja.

Realmente constituye difícil empresa la de precisar la significación del modernismo. Entre nosotros se le ha considerado como sinónimo de extravagancia, de afán impotente de originalidad, de absurdo premeditado.... ¡Vicio nuestro este de fijarnos más en las palabras que en las ideas, enterándonos á medias de las cosas!: cierto que hay quien se llama *modernista*, como muchos ciudadanos se titulan católicos á falta de otra cosa que llamarse; pero las excrecencias de un árbol no son sus flores ni sus frutos: es preciso, por lo tanto, distinguir.

I

El modernismo, en cuanto movimiento artístico, es una evolución y, en cierto modo, un renacimiento.

No es precisamente una reacción contra el naturalismo, sino contra el espíritu utilitario de la época, contra la brutal indiferencia de la vulgaridad. Salir de un mundo en que todo lo absorbe el culto del vientre, buscar la emoción de arte que vivifique nuestros espíritus fatigados en la violenta lucha por la vida, restituir al sentimiento lo que le roba la ralea de egoístas que domina en todas partes... eso representa el espíritu del modernismo.

El artista, nacido de una generación cansada por labor gigantesca, debe sentir el *ansia de liberación*, influida por aquel vago malestar que produce el vivir tan aprisa y tan materialmente. No podía ser de otro modo: nuestro espíritu encuéntrase agarrotado por un progreso que atendió al instinto antes que al sentimiento: adormeciéndose la imaginación y huyó la poesía; desaparecen las leyendas misteriosas profundamente humanas en su ínti-

¹ El lector tal vez echará de menos algunas producciones de literatos eminentes, los cuales debían figurar en este sitio. Tal omisión obedece á impulsos de delicadeza, nacidos de las condiciones en que habían de ser juzgadas las obras presentadas al concurso de GENTE VIEJA.

mo significado; el canto popular libre, impregnado de naturaleza, va enmudeciendo; en las ciudades, las casas de seis pisos impiden ver el centelleo de las estrellas, y los alambres del teléfono no dejan á la mirada perderse en la profundidad azul; el piano callejero mata la musa popular: ¡Estamos en pleno industrialismo! En medio de este ambiente, vemos infiltrarse cada vez más en el alma de las gentes la "afectación de trivialidad", especie de lepra que todo lo infecciona y lo degrada: entre nosotros se traduce por el chulapismo y el flamenquismo, los cuales triunfan con su música patológica y su "poesía" grosera, haciendo más y más imposible todo intento de dignificación colectiva.... En oposición á esto, entran *nella commedia dell'arte* las máscaras grotescas del pedantismo y el *dilettantismo*, entecos, asexuales y tan perniciosos como los males anteriores. Y he ahí la materia que ha venido á formar al "público" (es decir, lo contrario de el "pueblo"—*gens*), masa trivial y distraída, que no tiene *voluntad* para la obra de arte, masa indiferente y hastiada, que protesta con impaciencia cuando se la quiere hacer sentir. ¿No había de sublevarse todo espíritu sincero contra estas plagas?

Tal es la aspiración de donde nació la nueva tendencia de arte, tendencia que puede ser considerada, en último término, como una palpación más del romanticismo. Adviértase que damos aquí á la palabra "romanticismo" su acepción más general, en cuanto indica lo contrario al espíritu gramatical y retórico, á las fórmulas inertes, cristalizadas, por decirlo así. ¿Acaso no es la savia romántica la que animó el espíritu de nuestro arte europeo? De ellas fueron hijas las tendencias naturalistas, pesimistas y realistas que actualmente viven todavía: el modernismo es otra nueva evolución de aquella fuerza.

Es tanto más natural esta aspiración á establecer un arte que exprese el alma de nuestro tiempo, cuanto que la civilización moderna no tiene aún *un modo artístico* peculiar (exceptuando tal vez la música). El siglo XIX nos ha legado por herencia la fiebre de los inventos; no tuvo tiempo para más: ni el vapor ni la electricidad nos han traído *su arte*; se construye un puente de hierro con sus líneas escuetas y se aprovechan para postes las barras de acero de la vía; es lo útil, lo inmediato tan sólo. Recordemos ahora que de una zanja para conducir agua hicieron otros hombres acueductos y fuentes maravillosas; que de la necesidad de reunir mucha gente bajo una bóveda nacieron los afligranados arbotantes de las construcciones góticas, "inmensos millares de lejanas leyendas"; pero los caminos de hierro sólo han creado la recta monótona que rompe sin compasión las líneas del paisaje; y los automóviles no han sabido encontrar todavía su forma, como la hallaron los antiguos carros griegos ó las elegantes carrozas Luis XV. Así, pues, en el fondo del modernismo germina el deseo de obtener las nuevas formas de arte no encontradas todavía por nuestra civilización, demasiado "mercantil".

II

El origen del modernismo enseña la verdad de lo dicho. Nació en Inglaterra con las doctrinas artísticas de Ruskin. El alma inglesa de hace un siglo (semejante á la española actual, según la justa observación de J. Treman), desalentada por las guerras civiles, por la inmoralidad política, por el desconocimiento del derecho público, que traía la

consiguiente pérdida de territorios, vivía en pleno egoísmo cesarista, del cual aún no ha sabido despojarse en absoluto; era más seca y más gris que un *rail* de camino de hierro: era vulgar, individualista, se mostraba en los rasgos con que hoy la sintetiza el notable dibujante humorista alemán Bruno Paul; grandes extremidades, grandes mandíbulas y sin corazón. Pues en aquel medio extraño aparece la más ferviente protesta que imaginarse puede contra la desesperante falta de sentido estético. Conocida es la vida de Ruskin, su apostolado infatigable, en el cual se predicaba con el ejemplo; secundado por Burne Jones y sus amigos artistas, inició el renacimiento, llevó á los edificios, á los elementos decorativos, á los muebles, su delicada interpretación de la naturaleza; y un vivificante soplo de alegría penetra en el vulgar *home*, modelo hasta entonces de sequedad y mal gusto.

Las nuevas tendencias corrieron pronto por Europa. Eran la reacción contra los descuidos de una época que había dejado dormir la conciencia de los pueblos entre cesarismos, comerciantes y políticos. El militarismo de Alemania, el intelectualismo francés, todos los frutos de una fiebre de vida ansiosa y sobresaltada han favorecido aquella expansión.

Así ha venido á formarse el actual criterio artístico, tomando aspectos diferentes, que hacen muy difícil un deslinde bien determinado. El modernismo es la aspiración general, pero entre sus muchas fases pueden distinguirse dos grandes formas: una que proviene de su origen y de su desenvolvimiento en los países del Norte de Europa, y otra que nace principalmente en París. Es algo semejante á lo que ocurrió con el primer gran vuelo romántico: una dirección hacia el "espíritu," y otra hacia la forma exterior más ó menos ornamental.

III

Es característica del arte moderno la *expresión*: hacer de la obra del arte algo más que un producto de receta; hacer un trozo de vida; dar á la música un calor sentimental en vez de considerarla como arquitectura sonora; pintar el alma de las cosas para no reducirse al papel de un fotógrafo; hacer que la palabra sea la emoción íntima que pasa de una conciencia á otra. Se trata, pues, de la *simplicidad*, de llegar á la mayor emoción posible sólo con los medios indispensables para no desvirtuarla; en definitiva, se buscan los medios para el fin, y no lo contrario, ó sea la fórmula de *conseguir el efecto por el efecto*.

Pero el espíritu contemporáneo, solicitado por infinitas contradicciones, lleno de dudas y vaguedades, necesita medios de expresión muy diferentes. El verdadero artista, para reflejar los variados matices del sentimiento actual, ha de recurrir á nuevas fórmulas: palabras ó jiros peculiares de lenguaje, contrastes determinados de color, especiales sucesiones armónicas.... Aquí estaba el peligro; pues los que no tienen personalidad propia ni suficiente talento para conseguir la independencia, no podían hacer sino imitar; y como nada más se imita que la "manera", nació de aquí la consiguiente *afectación de estilo*, que trajo consigo la serie de *modernistas-caricatura*, errantes por libros y revistas minúsculas. Estos han considerado como fin lo que sólo era procedimiento, erigiendo como ideal el *efecto á todo trance*: fué una especie de *neo-meyerbeerismo* que se reveló en las artes plásticas por la exageración de factura en las

fórmulas impresionistas, puntillistas, complementarios, etc.¹, y en literatura por los parnasianos, y "exuberantes" á lo d'Annunzio, es decir, por el contrario de la simplicidad sincera á que tiende el arte *expresivo*, por el triunfo de la *sensación* sobre el sentimiento.

Pero ¿se negará por esto el valer de semejante movimiento artístico? Por su forma de nacimiento, por ese afán de embellecer la vida, se ha extendido con gran rapidez, sobre todo en las artes decorativas: frescos, tapices, muebles, llevan hoy el sello de los maestros, y á él se debe la nueva aplicación que tanto puede influir en la cultura popular: el cartel artístico, que cuenta con obras admirables de autores tan afamados como Privat Livemont, Edel, Mucha, Stantey, Hoenstein, Ibels, y tantos otros. El arte moderno lleva con él á los grandes artistas: en Alemania, Suecia, Rusia é Inglaterra, son los mejores pintores quienes dan modelos para decorar edificios, muebles, telas y joyas: baste citar á Paul Burck, Hunger, Hans Christiansen, Albert Reismann, H. Vanrenten, Kolo, Mosen..... la lista sería interminable.

IV

Por lo que á la literatura se refiere, claro es que la profusión de fórmulas ha de ser mayor; pero en el fondo siempre se ve la misma ilusión por un arte desinteresado. Los modos de expresión del clasicismo, así como los que nacen de las formas naturalistas, del pesimismo, del realismo, todos, en suma, tratan de unirse en el sentimiento moderno para contribuir á la virtud expresiva del arte. Así se ven diferentes orientaciones que reclaman todas el nombre de modernistas. Es de notar, especialmente, el renacimiento del espíritu popular "característico", notándose en literatura lo que ya se observó en la música (¿no es el artista hijo de su tiempo y de su raza?); lo que hizo, por ejemplo, Schumann, se ve hoy con más actualidad en Grieg, Hansorger, Sinding, Weingärtner, Humperdink, Glazounow, por no citar más; de igual modo han aparecido escritores tan *modernos*, aunque tan varios en sus orientaciones, como Gorki, Jolowicz y Tchekhof, Wells y Shipmann, Max Brúns y Dehmel. En cuanto al teatro, que refleja el espíritu de su época, ¿habrá necesidad de citar las obras de los autores de *Peergynt*, *Hedda Gabler*, *La intrusa*, *Magda*, *Como las hojas*, *La segunda esposa de Tanqueray*, que ya son más conocidas entre nosotros?

El reflejo de la corriente moderna en España no ha podido menos de dejarse sentir hondamente. Nos encontramos en circunstancias especiales de miseria espiritual, que pueden favorecer un renacimiento, si así lo permite la suerte. En pintura se nota más pronto la emancipación: Pinazo, Sorolla, Rusiñol, Casas, Mir....., lo prueban de modo cumplido.

Y modernistas son muchas obras de nuestros primeros escritores (aunque alguien se escandalice de la herejía): tales *El viejo verde*, *El engaño-pobres*, y las de los más "jóvenes": *Huellas de almas*, *La novela de la vida*, *Idilios vascos*, *Almas ausentes*, etc.—Nuestro Teatro ¿quién sabe si con las modernas miras podrá salvar la crisis por que pasa, gracias á un sistema de obras *parlamentarias*, escritas para vivir mucho tiempo en los carteles..... una temporada? Inútil será también citar lo que produjeron los autores de *La alegría que pasa*, *¡Libertad!*, *Piquerol*, *Los encarrilados*..... He ahí otras tantas formas de orientación para sacarnos de la vulgaridad reinante.—En cuanto á la poesía, ¿por qué ha de ser *modernista* solamente lo gongorino y decorativo, en vez de lo poético sincero? Quien conozca las admirables impresiones de Juan Maragall, las de Apeles Mestres, no pocas de Marquina, de Vicente Medina (por no citar sino á los más modernos), dirá si esta poesía es una logomaquia incoherente ó una fuente fresquísimas de bellezas.

Dejemos que se acojan al modernismo los que intenten decir algo propio. En medio de todas las "exageraciones", que muchos imputan á la "escuela", se ve que hay animación, que hay lucha,

que hay vida. Exagerada ó prudente, impetuosa ó parca, vale más esto que vivir consumiéndose en la propia nada, signo de solemne tontería. ¡Y morir por tanto debe de ser de lo más lastimoso del mundo!

EDUARDO L. CHAVARRI.

* * *

Concurso de GENTE VIEJA.

Hoy publicamos el artículo que el Jurado compuesto de D. Benito Pérez Galdós, D. Manuel del Palacio y D. Jacinto Benavente ha considerado merecedor del premio de las 250 pesetas ofrecidas.

Antes de devolver á los que lo soliciten los originales que nos han remitido, creemos deber hacer saber á los interesados en los lemas

"Alea jacta est."

"¡Oh!.... Nunca estos aleteos.... míos.... de superhombre.—¿Harán repercutir doquier mi nombre?—Yo."

"Libertas."

"Conquistemos el pan *Kropotkine*..... y."

"Fruta del tiempo."

"Voleter....."

"Abusus non tollit usum."

"Words, words, words!"

"¿Que es el modernismo y qué significa como escuela dentro del Arte en general y de la Literatura en particular?"

"¿Modernismo? Nil novi sub sole."

"Siste gradu, teque aspectu ne substrahe nostro.—Virgilio lib. VI—V—465."

"La verdad debe ser la base de la historia, y la historia el templo de la verdad."

"El modernismo.—Lema:...." de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir, ni de qué hacer consecuencias."—Cervantes.—Don Quijote. Pat. I. Cap. XLIX."

"Alteri fac quod tibi fieri vis."

"¡Sin saber por qué!"

"El Modernismo.—Lema: "Sería curioso, y más que curioso divertido, formar un digesto de las leyes absurdas que los malos críticos han fraguado para regimiento de los poetas." (*Macanlay*.—*Estudios literarios*.—*Lord Byron*).

"Modernismo = Tontismo."

"¡Alea jacta est!—Soria."

"Ars novus."

"—Una gota de agua más no rebasa la copa—"

"Hope Always."

"Semíramis."

"Senectus."

"Perico el de los palotes."

"Para el concurso sobre el Modernismo."

"Nihil novum sub soles."

"Quand même."

"Mientras se descansa se machacan las granzas."

"Apaga y vámonos."

"El estilo es el hombre."

"Nada hay nuevo debajo del sol."

"Arte y progreso."

"Yo quisiera tener las poderosas garras del león...."

"Mecende."

"Va, va, o Nave, segura..."

"Una lata como otra cualquiera."

"Consuelo."

"Le nom ne fait pas á la chose."

"Pro Arte."

"Si jennesse saurait..."

"Nihil novum sub sole."

lo siguiente:

GENTE VIEJA ha deseado aportar la mayor cantidad posible de opiniones y datos sobre el tema que ha servido de base á nuestro concurso, y publicará con mucho gusto en números sucesivos todos ó la mayor parte de los artículos á que se refieren los lemas citados en esta nota, si sus autores nos autorizan para ello, para lo cual les rogamos que nos escriban dándonos facultad de abrir los lemas.

Publicados estos artículos, todos muy apreciables, resultaría hecho un estudio muy completo sobre cuanto á *modernismo* se refiere.

Los que prefieran que se les devuelvan los originales, pueden venir á recogerlos á estas oficinas todos los días no feriados, de once á una, ó escribirnos desde el punto en que residan para que se lo remitamos certificado, hasta el 30 de Abril.

LOS CELOS

Á E....

¡Te amaba con pasión; saben los cielos,
que nadie amó jamás con tal locura;
pero hoy, no se por qué, se me figura
que te amo mucho más al tener celos!

¡Qué horrible padecer! ¡Si no hay consuelos,
para el alma que siente su amargura!
¡Y tú mi bien, celeste criatura,
ese premio guardaste á mis desvelos!

Tengo celos del que á tu lado pasa,
tengo celos, si acaso á alguno miras,
de los muebles, los muros de tu casa,

Y del espejo en que tu gracia admiras;
pensar que otro te quiera..... ¡el alma abrasa!
¡Si mataría al aire que respiras!!

F. D. G.

JUAN MONTILLA

Juanito Montilla le llamaría, si no me lo veían hoy los respetos que inspira su alta jerarquía como miembro del Gobierno, jefe de la Justicia y poseedor de la Gracia; jerarquía pocas veces lograda con tanta justificación, y ninguna con mayor regocijo y contento para mí, que tengo fama, y bien adquirida, de poco afecto á contemplar al sol cuando llega al zenit, y que en cambio me entusiasman los pálidos y débiles rayos crepusculares.

Siempre he tomado el sol al salir y al ponerse; por eso he pasado la vida teniendo frío. Camino de la vejez — porque no me declaro viejo á pesar de debutar en GENTE VIEJA — no había de claudicar de mi segunda naturaleza, tan robusta como la orgánica, y cuantos me conocen saben que ésta necesita para cubrirse y presentarse en público prendas holgadas de excepcionales dimensiones. Yo también tengo fama, aunque injustamente adquirida, de maldiciente; y digo injustamente, porque ni jamás he sentido la menor tristeza por el bien ajeno, ni soy capaz de querer mal á nadie, ni aun al que más me haya perjudicado; mi insignificancia me pone además al abrigo de toda malquerencia; esa reputación la he debido á la jovialidad de mi espíritu, único capital que no pude agotar, á pesar de derrocharlo prodigamente, y á ser partidario decidido de las opiniones de aquel célebre fraile dominico que legó unas *Memorias* á la posteridad, en las que sólo había consignado este, para él y para mí, aforismo:

"Personas que me revientan: el Prior de la Comunidad.... sea quien sea."

Con tales teorías el caminito que se recorre no es en verdad ni muy largo ni muy anchuroso; por él no se llega á parte ninguna. La carrera que yo hice lo está demostrando en carne viva.

Pero si eso es cierto, en cambio me da una gran autoridad cuando se trata de hacer cumplida justicia á los demás, y cuanto diga del que ha llegado al Ministerio de Gracia y Justicia después de larga labor parlamentaria, sin frecuentar las tertulias particulares de ningún primate, ni pertenecer á la yernocracia, ni estar unido con lazos de parentesco á los prohombres que reparten el botín, será nacido de mi más profunda convicción y de los merecimientos del que alcanzó lugar tan preeminente.

No trato en estas líneas, que mal pergeño, de hacer la biografía de Juan Montilla, ni para los lectores tiene interés el conocimiento del lugar en que naciera, ni saber que siguió la carrera del de-

¹ Los extranjeros han tomado no pocos procedimientos "nuevos" de nuestro Velázquez y Goya; á muchos les sorprenderá ver nacer tendencias modernistas del Museo del Prado.

recho en Granada con gran brillantez, ni cuáles fueran sus aficiones predilectas en aquel período, por desdicha suya algo lejano, cosas que, aparte de carecer de interés, serían poco más ó menos las de todos los jóvenes de talento, que necesitando pocas horas de trabajo y estudio para figurar á la cabeza de su promoción, dedican el resto de las del día, y sobre todo de la noche, á bromas y alegrías propias de la edad dichosa de las ilusiones y los encantos.

Llegó á Madrid con su título de Abogado, lleno el pensamiento de ideas y el corazón de entusiasmos, pensando á la moderna, sin tradicionales preocupaciones que le entorpecieran caminar hacia los ideales democráticos que llenaban su espíritu y exento de exageraciones que le arrastraran por los oscuros senderos de lo irrealizable.

Hombre bien equilibrado, culto y con ingenio, que muy pronto se acreditó de fino y perspicaz, con la gracia propia del andaluz de buena cepa, se adaptó al medio ambiente, y entre los hombres políticos de su tiempo y los periodistas más brillantes se hizo lugar envidiable, siendo en el periódico *Los Debates*, que fundó el inolvidable Albareda, y después en *La Correspondencia Ilustrada*, no sólo redactor de brillante estilo, sino defensor elocuente, elegido por sus compañeros, cuando, por virtud de la entonces ley de imprenta vigente, corría peligro de ser condenado á suspensión temporal el periódico que era la entidad responsable.

Montilla comenzó en realidad su vida política al entrar en el poder el partido liberal el año 1881. Fué Diputado de las primeras Cortes que reunió Sagasta durante el reinado de Don Alfonso XII; y ya conocido por los conspicuos de la agrupación que se llamaba fusionismo, y perteneciendo á la juventud ilustrada del elemento más avanzado del partido, fué votado individuo de la Comisión de Actas, y en ella hizo una brillante campaña contra la minoría conservadora, que apretó de verdad en aquellas Cortes, reunidas después de unas elecciones en que se hubo de forzar algo la mano para contrarrestar los organismos creados por el partido conservador en cinco años consecutivos de poder, sin estorbos y casi sin oposición. Muchos liberales, que antes que él han llegado al Ministerio, le deben aquella representación, que fué la base de su encumbramiento.

En aquella temporada intimamos nuestras relaciones de amistad, hasta entonces de mero conocimiento personal; era ponente del acta que yo traía y por virtud de la que ocupé un asiento en los escaños; la lucha que sostuve en el distrito cuya representación obtuve fué muy viva, y por haberse presentado algunas protestas no pudo pasar entre las calificadas de primera categoría. Tenía yo la impaciencia del electo primerizo, y como los dedos se me antojaban huéspedes, caía diariamente sobre el encargado de la ponencia para intimarle la pronta resolución; *mañana la despacho*, era la frase con que Montilla me iba entreteniendo, procurando ganar tiempo y dar con la tardanza satisfacción al candidato vencido, ya que no podía dársele otra más importante. Aquel *mañana* se me antojó la expresión de la eternidad, y decidí tener una entrevista con mi *carcelero*, al que yo suponía un hombre de malas pasiones, entregado á mis contrarios y resuelto á arrebatarme la legítima representación que me confrieran los electores.

¡Qué entrevista la nuestra! Comenzó con gran acritud; Juan, con su cara de moro—porque es un tipo meridional, y al contemplarle el rostro se echa de menos el turbante sobre su cabeza—serio, mirándome fijamente con sus ojos vivos y penetrantes; yo, con el aspecto más formal que pude adoptar, apropiado á las circunstancias y al caso. Aquella actitud duró algunos minutos; no sé quién de los dos, él sin duda, dijo una frase ingeniosa: reimos ambos la gracia, y ya la conversación fué la de dos jóvenes—entonces lo éramos—que se sienten atraídos por las mismas aspiraciones y por los mismos sentimientos.

Ni el tiempo ni los acontecimientos políticos han quebrantado nuestra amistad; juntos estuvimos en la izquierda; él perteneció al grupo del Duque de la Torre; yo, entre los amigos del inolvidable D. Cristino Martos. Después hemos marchado por rumbos distintos, aunque siempre con

los mismos ideales. Nuestra amistad siempre ha sido franca y verdadera.

En aquellas Cortes del 81 hizo Juan Montilla una brillante campaña en defensa de los principios democráticos; sostuvo una enmienda á la ley de Juicio oral, en la que pedía el inmediato planteamiento del Jurado; yo le contesté como individuo de aquella Comisión, porque el encargado de hacerlo no pudo romper á hablar. Aquel fracaso le valió una Dirección general. Montilla y yo nos explicamos entonces la elocuencia del silencio.

Desde aquella fecha ha venido sin interrupción al Congreso como Diputado, figurando siempre en la vanguardia del partido liberal y peleando en primera fila, con la oratoria vehemente y apasionada que le caracteriza. Ha llegado al Ministerio de Gracia y Justicia por derecho propio, más tarde de lo que debió llegar, valiendo más que muchos que se le anticiparon por padrinazgos, que no los ha tenido jamás en su partido Montilla. Sus verdaderos protectores fueron: el talento, que es la primera materia; la consecuencia, que es la virtud en política; y la labor constante, que acumulada constituye el capital que se cotiza.

Seguramente es el político que tiene más amigos particulares; es imposible hablarle en la intimidad sin sentir por él una gran simpatía; su conversación amena, su ingenio inagotable, su modestia sin afectación le hacen agradabilísimo en el trato.

Tiene un defecto—me decía un viejo liberal que jamás ha servido para nada;—no es hombre serio. En efecto; Juan Mantilla no es lo que se llama un *hombre serio*.

Lo declaro con toda la sinceridad de mi alma: no me he tropezado, en el mundo político sobre todo, con un individuo de los que las gentes califican de *hombre serio*, que no lleve dentro un *tonto* y lo descubra á las primeras de cambio.

Martos, Cánovas, Romero Robledo, Sagasta.... ¿Habrán quien ponga en duda el valer de estas eminencias? A todos los he tratado, algunos me honraron y me honran con su amistad y con su confianza. Ni los que fueron eran hombres serios en el sentido que se da á esas palabras, ni los que viven merecen ese título, verdaderamente ofensivo.

Las ingeniosidades, las gracias de Cánovas y de Martos se repiten diariamente; las anécdotas de Sagasta y los saladísimos cuentos de Romero Robledo, algunos dichos en el Congreso con la oportunidad y el gracejo que caracterizan al que es hoy nuestro primer parlamentario—Dios lo conserve muchos años para que viva un régimen que con él morirá—son la admiración de sus contemporáneos.

En cambio, citaré muchos nombres de políticos reconocidos como *hombres serios* que, aun habiendo llegado á los más altos puestos, son notables tan sólo por la seriedad.

No se ríen, porque no entienden la gracia ajena, y no dicen chistes porque les falta ingenio. Y el ingenio es lo más sutil del entendimiento.

¡Bendito sea, pues, el único defecto que tiene el Ministro de Gracia y Justicia!

¡Quién lo tuviera!

JACOBO SALES.

ACADEMIA ESPAÑOLA

RECEPCION DEL SEÑOR ORTEGA MUNILLA

Otro periodista ilustre: nuestro amigo el Sr. Ortega y Munilla ha sido recibido Académico de la Lengua: tuvo lugar el 31 del pasado Marzo su recepción, y la solemnidad verificada en el salón de actos de la Real Academia dejara imperecedero recuerdo en cuantos tuvieron la fortuna de asistir á ella.

Ocupaba la presidencia el venerable señor Conde de Cheste; sentábanse á su derecha el secretario perpetuo de la Academia Sr. Catalina con el bibliotecario Sr. Mir, y á su izquierda los Sres. Núñez de Arce y Valera. En las sillas destinadas á los demás académicos se veía á los Sres. Echegaray, Menéndez Pelayo, Silvela, Sellés, Palacio (don Manuel), Cavestany, Liniers, Saavedra, Viñaza; es

decir, lo más florido de GENTE VIEJA; y por si se pudiera dudar, también asistía al acto el académico electo D. Juan J. Herranz, en compañía de los Sres. Icaza y Asensio.

Fué introducido el Sr. Ortega y Munilla en el salón por los académicos Sres. Picón y Cavestany, y previa la venia del Presidente, leyó un magnífico discurso sobre el poeta de las doloras, sobre el gran Campoamor, cuyo sillón venía á ocupar y á quien tan dignamente sustituye.

No es posible extractar discurso tan notable, y sería profanarlo intentar reducirlo: conocedor profundo del gran poeta, el Sr. Ortega y Munilla lo analiza punto por punto: hállese como Quevedo, grave en sus burlas y risueño al enseñar las más profundas verdades; encomia la hermosa obra de arte que pudiera realizar quien supiera resumir la crítica que de Campoamor han hecho sus lectores no literatos; afirma que el autor de las doloras fué un despertador de espíritus dormidos para el arte, un educador de entendimientos que sin la obra del gran poeta no hubieran alcanzado la dicha de experimentar la emoción estética, y, estudiándole, en fin, en sus personajes que pasan ante nosotros envueltos en el ritmo sonoro de la canción y en su teatro, que califica como engendrador del drama de ideas, hoy tan encomiado, pide como debido homenaje al genial poeta que en el Diccionario académico se dé carta de naturaleza á la palabra "Dolora" de su invención, porque entendida por todos los países en que domina el habla castellana, significa una conquista imperecedera, allí donde todo, ya, lo hemos perdido.

Contestóle el insigne D. Juan Valera, cuyo discurso fué leído por D. Jacinto Octavio Picón. Presentando Ortega Munilla como periodista desde los tiempos en que escribía en *Los Debates*, en *El Contemporáneo* y en *La Revista de España*, como novelista más tarde y como autor de ingeniosísimos cuentos, la labor del literato aparece descrita y analizada con singularísimo acierto. Enaltece la fervorosa caridad de su alma, que involuntariamente y sin declamación se revela en todo; se complace en hallarse de más alegre y desenfadado humor en sus cuentos que en sus novelas, y termina lamentándose (y muy justamente) de que, afanado en las tareas políticas, no cultiva con más asiduidad el cuento y la novela, producciones para las que pone tan raras y tan felicísimas dotes.

El señor conde de Cheste impuso al Sr. Ortega y Munilla la medalla académica, dirigióle cariñosas y satisfactorias frases y dió fin la ceremonia con las felicitaciones consiguientes.

BLANCOS Y NEGROS

APÓLOGO

—Abuelo, ¿de donde son esos hombres que yo veo, que cada cual es más feo, y más negro que un tizón?

—Son negros, allende el mar son nacidos, y son hombres, hijos de Dios, no te asombres, á quienes se debe amar.

—¡Son tan feos!

—La rudeza no les mires, que en la fruta dulce jugo se disfruta bajo de áspera corteza. ¿No quieres á la tía Ines, tú lo has dicho, y es jibada y tuerta y coja? ¡Ahí es nada lo fea y lo pobre que es! Cuando limosna te pide la das siempre, y es razón.... La bondad del corazón por la cara no se mide.

—¡Pero es blanca!

—Y es decir que tú juzgas por la pinta; esta noche tomo tinta cuando te vea dormir;

sobre tu lecho me postro,
y, humedeciendo un pincel,
te doy quedito con él,
y te tiño todo el rostro....
y mañana, cosa clara,
diré al mirarte tan prieto,
¡yo ya no quiero á mi nieto,
que tiene negra la cara!
—Y me lavo.

—Intentos vanos
si así piensas escaparte;
tú ya no podras lavarte
porque te ataré las manos,
como á esos negros que dices,
y, ya ves que no son mancos,
se las ataron los blancos;
más fuertes ó más felices.
—Pero tú, abuelito, en pos
me querrás al ver mi duelo,
porque al fin eres mi abuelo.
—Y ellos son hijos de Dios.
—Sí, de Dios, ¡en Belcebú
tendrán su origen y centro!...
—¡Ay, nietecillo! por dentro
son tan blancos como tú.
—¿Quién, dime, sacó á Jacoba
cuando en el río se hundía?
—Un negro, que parecía
un perro de Terranova
según nadaba.

—¡Pues no!
todos los blancos gritaron
cuando caer la miraron,
y ninguno se arrojó.
—Yo, si sé nadar....

—Por Dios,
que de escucharte me alegro,
luego tú, blanco, y él, negro,
sois generosos los dos.
—De Dios dices que esos otros,
aunque negros, han venido;
¿será que Dios ha querido
distinguirlos de nosotros?....
—Muy alta pregunta es esta
para tus años, á fe;
mi nietecillo, no sé
si alcanzarás la respuesta.

En las tierras donde nacen,
quizá el color es preciso
que el cielo otorgarles quiso,
para que no mueran y hacen
los cielos que así atezados
resistir el clima puedan,
y así en el mundo no quedan
lugares deshabitados.
Quizás Aquel que las flores
de tantos matices pinta,
dió al hombre, no alma distinta
y sí diversos colores....
que si coloridos tules
nuestras almas envolvieran,
como hijas del cielo, fueran
todas las almas azules!
—¿Las almas del cielo vienen?
¿dónde yo la tengo, abuelo?....
—Ah compadrito, pillélo,
donde, los negros la tienen.
Que, aunque en su orgullo sin nombre,
el que á los negros asedia,
dice que es raza intermedia
entre el animal y el hombre,
mintió, por ciega alabanza
de sí propio; el torpe arrullo
de su altivez ó su orgullo
le aconseja, ó la venganza.
Firme esfuerzo, mas fecundo,
que el cielo inmutable auxilia,
hará solo una familia
de las razas de este mundo.
—¿Y se acabará el dolor?
—Se endulzará, nieto Aurelio,
con luces del Evangelio

la libertad y el amor.

—¿Por qué ya no se divisa?
—Porque el hombre, al bien reacio
va unas veces muy despacio
y otras veces muy de prisa.
—Ya amo al negro!....

—¡Cosa clara!
—Y al cobrizo y al morado.
—Pues vé á dormir sin cuidado....
¡Ya no te pinto la cara!

ANTONIO ALMENDROS AGUILAR.

Información especial de GENTE VIEJA

Al Ministro de Agricultura y á la Dirección del Trabajo ó al Instituto del Trabajo, ó como haya de nombrarse el organismo que se crea.

Es achaque frecuente en España desconocer lo que hacen los españoles.

Un español ilustre, verdadera gloria del pasado siglo, D. Melitón Martín, estudió y resolvió en Octubre de 1875, en un folleto titulado *Las huelgas, sus causas y sus remedios*, la mayor parte de las cuestiones que hoy se discuten.

GENTE VIEJA, en cuya Redacción se conserva vivo el recuerdo de aquel hombre eminente, cumple un deber de patriotismo y de justicia reproduciendo aquel trabajo, sobre el que llama la atención de todos los hombres pensadores.

Con razón decía el autor de *Ponos*: "Quien se adelante á su época, no espere justicia de sus contemporáneos.

„La luz de repente ciega.”

*
* *

Causas de las huelgas de los operarios, influencia en ellas de las doctrinas internacionalistas, é indicación de los medios que puedan adoptarse para evitar aquellas causas.

I

ESTADO DE LA CUESTIÓN

De todos los problemas que en el seno de las sociedades humanas eternamente se agitan, pocos hay que las conmuevan más, ni que mayores consecuencias ocasionen, que aquellos relacionados con las inevitables cuestiones de *tuyo y mio*. Siendo por naturaleza el hombre poseedor como es inteligente y sociable; enseñándole la experiencia que el principio y base de su bienestar estriba en la posesión de las cosas; esclavo de una multitud de afectos y pasiones que le impulsan á desear lo que no tiene, ó movido por esa aspiración constante que sentimos hacia una suerte mejor, ayer como hoy, desde los tiempos históricos remotos, le vemos codiciar el bien ajeno y procurar por todos los medios á su alcance poseerle. El salvaje ignorante, desvalido, sin luz moral en la conciencia, hurta la baratija cuyo aspecto le seduce; la tribu hace la guerra á la tribu para despojarla, y aun después de haber hecho sentir una experiencia cruenta y dolorosa cuánto valía la seguridad —obligando al nómada á constituir la ciudad con el fin de que todos de común acuerdo protegiesen á cada cual en la posesión de lo suyo,—siguió perenne la pugna entre los pobres y los ricos, si bien variaron las formas de sus manifestaciones al compás del progreso y desarrollo de los organismos sociales, de la ciencia, del derecho y de los elementos de fuerza, que son y serán siempre la sanción de este derecho. En Asia los más fuertes y los más astutos, con cruel y barbara franqueza, dijeron al débil: "tú trabajas y yo gozo"; en Grecia (entre sus hombres libres al menos) se consignó en la ley el respeto debido al bien de cada cual, salvo al despojo legal ó patriótico hábilmente disculpado; en Roma la guerra tomó carácter de grandeza entre plebeyos y patricios; el feudalismo redujo la eterna lucha á un sistema fraccionado de merodeo; y en tiempos de libertad como los nuestros, después de proclamada la igualdad de todos

ante Dios, ante la ley y ante la moral, es lógico que los procedimientos de violencia ó de traición se hayan transformado en *huelgas*.

Comencemos, pues, por advertir que, dañino y temeroso como pueda ser el mal, todavía es un progreso. Porque cuando los obreros de una fábrica ó de una comarca fabril, puestos de acuerdo, y más ó menos unánimes, unos por convicción, otros por cálculo, éste por debilidad, aquél por insensatez, se niegan en hora dada á seguir prestando su trabajo, mientras no se les conceda esta ó la otra pretensión (que es lo que hoy llamamos *huelga*), muy sensible es y grandes trastornos y pérdidas ocasiona al capital nacional; pero semejante medio de ejercer presión ó de arrancar alguna gracia, siempre es preferible á aquel sordo malestar, á aquellos odios concentrados que antes se acumulaban durante siglos en las entrañas de la humanidad, para estallar al fin y al cabo en espantosa catástrofe. Las convulsiones de las sociedades humanas, como las de la corteza terrestre, cada vez menos violentas, gracias á las válvulas naturales de seguridad que se han formado, no anuncian un reposo absoluto, mas hacen prever, andando el tiempo, movimientos llevaderos y hasta saludables.

¿Quiere esto decir que no debemos estudiar el mal para ver de hallar alivio? Todo lo contrario: por lo mismo que su intensidad decrece y que sus caracteres son más conocidos, aumentarse debe nuestra confianza en nuestros medios de calmarle y en la luz que habrá de arrojar su estudio. Empero, así como el buen médico, el ingeniero perito, ó el sabio naturalista, antes de buscar la causa de algún trastorno para encontrar el remedio, procura determinar exactamente el estado de las cosas, no estará de más que nosotros, por vía de introducción, echemos una mirada á la ligera sobre las opiniones y propósitos de los proletarios, su concepto de las huelgas, la preferencia dada á este modo de acción en unos países más que en otros y, en una palabra, sobre el estado de la cuestión en la actualidad.

No se crea que la situación es idéntica en todos los países. Varía singularmente, aun sin salir de nuestra Europa. Los obreros se hallan de acuerdo en una sola aspiración: mejorar de estado; pero las medidas que proponen, los medios que prefieren y aconsejan, son muchos y muy diversos. En Inglaterra la clase obrera, fría, razonadora, calculista, interesada, rutinaria, á la vez que eminentemente práctica, usa pero no abusa de las huelgas; se propone en general ir consiguiendo poco á poco aumentos en los jornales, y salvo contadas excepciones no alarma con esos sistemas tan gárrulos como utópicos á que se muestran muy aficionados sus vecinos los franceses. La libertad que tienen los trabajadores en aquel país para reunirse y asociarse es parte también á desterrar de sus ligas de oficio (*trades-unions*) toda tendencia destructora y anti-social. En cambio el carácter digno y tenaz del obrero inglés da á sus huelgas unas proporciones tan alarmantes, traen éstas en pos de sí tanta miseria y tanta ruina, influyen sus resultados en los mercados de tal modo, que el mundo entero se interesa en la desaparición de unos movimientos que suelen comprometer el bienestar y porvenir de medio millón de personas. Huelgas ha habido que han costado sesenta, ochenta, cien millones.

Los belgas siguen á los ingleses en su afición á las huelgas, como les siguen en costumbres políticas y en su cariño al trabajo. Emplean la huelga con preferencia para arrancar al fabricante mejores condiciones ó un aumento de jornal; pero adviértese ya cierta levadura socialista ó utópica, que es rarísima en Inglaterra. Lo mismo que en el espíritu inglés, domina allí la idea del lucro inmediato sobre las ilusiones del porvenir, aunque el observador atento advierte otras aspiraciones y otros propósitos encaminados á realizarlas.

Los huelguistas están contenidos en Austria y en toda Alemania por el freno de costumbres buenas y arraigadas, por una administración robusta y por instituciones que, como los bancos populares de Schulze Dellitsch, aminoran por el momento el malestar. No hay que fiarse, sin embargo. En los talleres alemanes se está sembrando una simiente que dará su fruto, así como la reforma religiosa fué el fruto de otras simientes entre-

gadas durante los siglos XIV y XV á ese espíritu alemán obscuro y templado, y hondo como las entrañas de la tierra, pero que como ellas sabe arrojar á lo mejor plantas vivaces cuanto peregrinas. La filosofía científica (no esa otra laberíntica y vocinglera que tiene tanto de pueril) se enseña de la enseñanza, sobre todo en Prusia, y nada hay que pueda modificar tanto nuestras ideas sociales y políticas como las nuevas doctrinas, que se presentan rodeadas de todo el aparato, de toda la autoridad del saber y de la ciencia. Reflexiónese á la par de esto que por muchos y muchos años el obrero alemán ha de hacer lo contrario que el francés y el obrero francés no ha de seguir las huellas del alemán.

En los demás países de Europa las huelgas no tienen tanta importancia, por lo incipiente de su industria, si exceptuamos á Cataluña, que merece particular observación, ya que allí se adunan la enérgica actividad de aquella raza viril á la más ardiente é impetuosa imaginación meridional. Cataluña, por otro lado, tiene la vista fija allende el Pirineo, y por eso, á nosotros los españoles, nos conviene mucho estudiar á fondo el obrero francés, pues todo cuanto piense y haga lo hemos de ver, tarde ó temprano, entre nuestros proletarios pensado ó reproducido.

He aquí por qué hemos dejado de propósito á los franceses para los últimos. Mal que pese á ciertas susceptibilidades nacionales, la Francia será todavía durante largo tiempo la Nación propagandista por excelencia, el pueblo con voz y voto decisivo en las cuestiones más vitales. Detengámonos, pues, un poco más en averiguar lo que la clase obrera de la Francia piensa, siente, quiere y se propone.

Afortunadamente, tenemos para formar juicio las ciento y tantas Memorias de los 107 delegados de todas las artes y oficios en la Exposición de Viena de 1873. Enviados libremente, sin intervención alguna del Gobierno, por cuenta y riesgo de los obreros de París y de los departamentos, no se vieron como otras veces contenidos por consideraciones de prudencia, y han publicado sus ideas sin contemplación y sin rebozo. El tono de sus escritos es radical siempre, á veces muy sesudo, con frecuencia utópico. Creen que las huelgas son un medio peligroso y brutal para alcanzar lo que desean; lamentan los recursos que han devorado para proporcionar desengaños y nada más, y piensan que esta no es la táctica más adecuada á su fin, porque redundará en definitiva en provecho de los fabricantes, cuando no dejan las cosas como estaban. Se inicia, pues, una reacción contra las huelgas en Francia. ¿Con qué quieren sustituirlas los delegados?

Ya no se limitan á pedir el derecho de reunión, el establecimiento de cámaras sindicales, las sociedades cooperativas como en 1862 y 1867. Quieren más, y dicen paladinamente que aspiran á la supresión definitiva del *salariado* y del *patronado*, es decir, que el obrero francés no se contenta con menos de llegar á ser fabricante-capitalista, para no verse atenido al jornal que hoy se le paga.

No obstante, entre los varios progresos que se advierten en el modo de pensar de los delegados franceses, hay uno notabilísimo y por todo extremo valioso. Diríaseles partidarios de la doctrina de la evolución, según toman al tiempo en cuenta para todo. Ya no creen, como creían en época no muy remota, que de la noche á la mañana podía rehacerse el mundo; ya no invocan como panacea la intervención de un gobierno imaginario; ya confían en sí mismos, y lo esperan todo de sí, y únicamente de sí. El *self-help* inglés es la esperanza de aquellos proletarios, y entre ellos toma carta de naturaleza.

Como todo el que siente malestar, siquiera sea moral, sueñan hasta con los imposibles, y se revuelven en alas de la imaginación, no sólo contra males remediables, sino contra aquellos que son parte ineludible de la existencia del hombre y de su modo de ser. Así claman por que la vejez y la infancia no sean censos de familia, y no advierten la injusticia de que las cajas comunes sostengan las cargas de la imprevisión ó de la ingratitud individual; piden franquicias para la mujer y rechazan la competencia que les hace en ciertas ocupaciones; se irritan contra los aprendices ó los contratos de aprendizaje porque merman sus ganan-

cias, y proponen que se enseñe á los muchachos en talleres á su costa; aseguran que la división del trabajo les degrada; sospechan que se les esquilma por medio de los destajos; rechazan los reglamentos de taller, — cuando la disciplina en toda organización es una fuerza tan indispensable como el músculo ó el vapor, — y hasta el modo y tiempo necesario para pagarles en cada semana son objeto de acerbos y razonadas críticas.

Todo esto significa simplemente que el hombre no se resigna en nuestros días á ser pobre, y que ignorando las verdaderas causas de su pobreza, sólo se fija en aquellos incidentes que le molestan más de cerca. No es esto decir que muchos de los menudos sinsabores del obrero no merezcan estudiarse y corregirse. Infinitos son los que pudiéramos enumerar, cuya reforma aliviaría su suerte. Sólo indicamos semejantes síntomas de pasada, para patentizar su ignorancia de las leyes generales y á fin de que se vean los motivos que determinan en el ánimo del proletario esa su creciente afición á las soluciones radicales, y cuán difícil, si no imposible, será atender á todas sus aspiraciones, y aun menos satisfacerlas.

Progreso también y grande se nota con claridad en la marcha que se proponen seguir los operarios franceses hacia la ansiada supresión del *salariado*. Podemos dividirla en tres etapas, para cada una de las cuales calculan ellos mismos que se necesita mucho tiempo. La primera es la de las cámaras sindicales de obreros, por cuya buena organización y generalización esperan alcanzar esa instrucción general y técnica que unánimemente ansian; cuentan con reformar á su favor los reglamentos de taller y aun algo de la legislación general, y confían en modificar de tal modo los contratos de aprendices, que éstos, lejos de hacerles una competencia perjudicial, sean con el tiempo como hijos amantados á sus pechos. En la segunda etapa se habrán de formar innumerables sociedades de socorros mutuos, de crédito gratuito y de ahorros, á cuya sombra puedan vivir y crecer las sociedades de consumos. Por fin, y andando los tiempos, vendrá la tercera etapa, durante la cual, con las ganancias de estas sociedades, se crearán las cooperativas de producción, último término de la evolución por ahora. Con ellas no habrá necesidad de burgueses ni patronos; los fabricantes serán los obreros; todos cobrarán por igual en la más admirable abnegación y la más fraternal concordia; se suprimirá la cabeza de cada uno de los organismos productores, y las manos y los pies se entenderán admirablemente.

¿Necesitamos analizar ó exponer lo bueno y lo malo de semejantes proyectos? Lo creemos ocioso para nuestro objeto.

Todo esto, en suma, sería consolador y por ningún estilo alarmante, si la opinión de los obreros más ilustrados — y aun pudiéramos decir de los más y de los más dignos — tuviera siempre la fuerza que debieran tener la inteligencia y el número. Por desgracia no es así. Más bulla mete uno que grita, que ciento si no hablan; y veinte osados ó perversos suelen arrastrar contra su gusto á mil. El malestar, la irritación de la clase obrera, ofrecía materia demasiado dispuesta para que en ella no se fijara la ambición, y á la postre no faltaron pseudo-filántropos que halagando las pasiones ú ofreciendo las delicias de un edén, lograron por fin en 1862 echar los cimientos de una temible coalición que llamaron la *Internacional de obreros*.

No es necesario decir aquí lo que es la Internacional: todo el mundo la conoce. Sus delirios llegan hasta la liquidación social; sostiene que el capital es enemigo del obrero, y convoca y disciplina á éste para hacer la guerra á aquél; según sus apóstoles, no hay más propietarios legítimos que quienes trabajan con sus cuerpos; las máquinas y las fábricas les pertenecen de derecho, y para lograr sus fines enseñan el sofisma; exacerbaban odios y rencores, santifican la violencia y el crimen. Algunas veces hemos contemplado con asombro á esta extendida asociación poniendo manos á la obra, y á juzgar por los estrenos podemos presumir ya todo cuanto tiene que temer nuestra moderna civilización de ella.

La prueba, sin embargo, de que semejantes extravíos no encuentran eco en todos los proletarios, está en las varias asociaciones obreras que se han formado en todas partes para protestar con-

tra las doctrinas de la Internacional. Sin demostrar hasta qué punto las combaten las ligas de oficios inglesas; sin mencionar las sociedades locales, que han rechazado toda solidaridad con los internacionalistas — como la Asociación de Tejedores de Valls, en Calaluña, — recordaremos la *Liga Universal* constituida en Ginebra á consecuencia del último Congreso internacionalista de Bruselas, que al dirigirse á los obreros les decía: "Hasta hoy, compañeros, el propósito había sido, no la emancipación de la clase de trabajadores en el seno de la sociedad moderna, sino la destrucción de esta sociedad y su reemplazo por una nueva organización política y económica de los pueblos. *Aquí ha estado el error*".

Nada revela con mayor fidelidad la situación de las cosas. Los obreros, que deseaban únicamente mejorar su suerte, sorprendidos ó seducidos en los primeros momentos, callaron y esperaron. Los mal avenidos y revoltosos, los acostumbrados á seguir como borregos á jefes ambiciosos y formar iglesia á la sombra de las doctrinas comunistas, socialistas y anarquistas porque halagaban su avaricia, se apresuraron á engrosar las filas de una asociación que era el producto abigarrado de todas aquellas escuelas. Hoy, después de una docena de años de experiencia, los buenos cobran valor y se deciden á hablar. Ya hemos dicho la opinión de los delegados franceses: dentro de poco aquella opinión se generalizará. El peligro no es tan inminente como algunos creen: al lado de él surgen elementos de orden. Ciertamente es innegable que la afición á las huelgas continúa, que por doquier se afanan los trabajadores por crear y enriquecer sus cajas de resistencia, que la actitud es hostil y las relaciones todo menos francas y amorosas; pero los propósitos no son tan criminales como algunos creen; y si los que tienen, los que saben y los que pueden, se esfuerzan con firme propósito hasta llevar la luz de la verdad á las inteligencias más humildes, aun hay esperanza, todavía nuestra civilización puede salir más segura y más robusta de la lucha.

Conocida la situación de las cosas, ya podemos examinar las causas ocasionales de las huelgas.

MELITÓN MARTÍN.

MARE-PINGA

CUENTO

I

Estamos en pleno Egipto.

No en el de las Pirámides, ni el del sagrado Nilo, ni el que tuvo reyes como Sesostris, los Faraones y Cleopatra.

Sino en el que existía en miniatura en la placeta de los *Yesqueros*, en una colección de cuevas que agujerean el cerro de San Cristóbal, cuyos techos son pencazas de chumbas y cuyo acceso se verifica por una vereda desde la Alhacaba, en el año del Señor de 1648.

Una de las pequeñas industrias más necesarias en aquella época es la que ejercitaban familias enteras de *castellanos nuevos*, tanto que dieron su nombre, por el que aún se conoce, al sitio que habitaban.

En una extensión de terreno donde el sol caía de plano, extendían la hierba que al cigarro sirve de combustible, y después de recibir sus rayos más ardorosos, era á la tarde apaleada por las jóvenes hasta quitarle con el polvo los palitroques y cuerpos extraños que recogían.

Después, secada convenientemente, se vendía, con el apéndice de pedernales, en cestos á propósito, en las primeras horas de la mañana, en el *Arco de las Cucharas*, una de las moriscas puertas de la célebre *Bibarramba*.

Porque los rancios españoles, amigos del tabaco como ningunos, gustaban saborear, no sólo la aromática hierba, sino también que las intrincadas y diferentes operaciones de *liar el cigarro* se verificasen con toda la calma y gravedad que el caso requería. Y el postre y saborete, después del envoltorio del pitillo, lo

era el sacar del bolso con la mayor pausa posible los *avíos de encender*, y después de un cuarto de hora de ponerse en carne viva los nudillos con los chasquidos del eslabón, aplicar la mecha y atizar el fuego con la uña del dedo gordo, que con la continuidad del cálorico adquiría igual brillo y negrura que una piedra de chimenea.

Los adelantos del siglo, que han matado con los trenes las posadas y posaderos, los tipos de mayores de galeras y de maestros de postas, han inventado los fósforos, para concluir también con la aromática yesca, que sólo guardan, como la coleta en el peinado, algún decrépito molinero, los que sostienen que con este combustible ni se envenenan las doncellas enamoradas, ni se producen *incendios carnales*, y sobre todo no se condena al ostracismo á la clásica y desventurada pajueta.

Sic transit gloria mundi.

II

Las viviendas que formaban la plazoleta, y que eran ocho, las ocupaban una tribu de gitanos de más de cincuenta individuos. Mantenían las relaciones de costumbres con las de la *calle Larga* y *barrancos del Sacro-Monte*, pero no estrechaban sus lazos, manteniéndose como familia separada. Se vanagloriaban de más antigua descendencia, y aparte de la industria citada, que era un accesorio que les permitía recorrer y merodear por los campos, ni eran herreros ni esquiladores, y sí únicamente tratantes, las hembras en ropas y los hombres en ganados para el abasto de carnes del matadero público.

Se ignoraba su anterior paradero, y unos los daban procedentes de la Siria, y otros, con veraz acierto, de Mequínez y de Tetuán. Lo fijo era que su apostura gallarda, sus rostros agradables, aunque bronceados, y sus trajes, más limpios y menos harapientos que sus iguales, inspiraban simpatía, en vez de la repugnancia de los de su clase. Aunque cada uno viviera del producto de su trabajo, reconocían superioridad y prestaban obediencia al jefe principal, ó sea á su monarca.

Pero esta vez el rey era reina.

Viuda de un marchante rico de su misma raza, daba fondos á los suyos para su comercio callejero, y sólo se ocupaba en el aseo de su espaciosa cueva, que hasta rejas tenía en los costados, y de peinar y vestir á su hija única, *la Estrella*, que así la denominaban con nombre medio cristiano y medio gentil. Contaba catorce Añiles, y nunca se juntaron en un rostro trigüeño un par de ojos más negros y rasgados y una cabellera más rizada y abundante. Era alta, gruesa sin exageración, alegre como una primavera, y vivía como un pajarillo de los campos. Cantaba como los ruiseñores, y con las castañuelas en las manos parecía una hurí de las del paraíso musulmán.

Habíanla requerido de amores, pero recibía mal á los suyos y peor á los extraños. La madre estaba frenética por la hija, y todos la prestaban adoración.

Un jueves del mes de Octubre, á pesar de ser día de mayor trabajo por las ferias, se habían reunido los gitanos mucho antes de ponerse el sol. Vestían los trajes de fiesta, y ellas sus más rameados pañuelos y sus más afiligranadas gargantillas.

El motivo era plausible. Se celebraba un matrimonio en toda regla. La reina había cortado los abusos ó la costumbre de que la novia fuese robada la noche antes por el galán, y *la Corza*, gitanilla como un lucero, iba á la parroquia á unirse cristianamente con Gabriel *el Mayo*, mocetón robusto y poseedor de dos rebaños de carneros.

Precedidos de una banda de guitarras y bandurrias y en medio de los ancianos de la tribu, los desposados, subidos en una mula lujosamente ataviada y con pretal de sonoros cascabeles, se dirigieron á San Bartolomé, mientras los apadrinadores sacaban de un capacho que llevaba á espaldas un mozo de carga grandes puñados de anises y peladillas, que tiraban por alto y que se peleaban por recoger, no sólo los chiquillos, sino muchos grandes que no estaban acostumbrados á tales gollerías en sus paladares.

El rumbo de los principales actores de la ceremonia era grande, pues hubo momentos en que el piso estaba materialmente cuajado de confites.

Júzguese de la bulla y jolgorio que se movería con la añadidura del disparo de palmas y voladores á la entrada del templo.

Terminóse la ceremonia católica, y se volvieron en idéntica forma á la placeta. Ya se asomaba la noche, y ante la puerta de la jefa se sentaron en espacioso corro á concluir con las provisiones de los padrinos y á disponerse para un rato de bailes y cantares.

Antes se sortearon los dos mozos que á la mañana siguiente habían de enseñar al barrio, subidos en ligeros jumentos, una prenda, la más indispensable del atavío de la novia, para dar señales inequívocas de su honestidad y de su conducta.

No solamente el sitio, sino las alturas cercanas y todo el rededor de las cuestas, se hallaban cuajadas de espectadores ávidos de ver y oír la función que se preparaba.

Porque cantando *la Estrella*, era cosa de alquilar balcones y tomar sitio con fecha anterior para escucharla.

Templaron los instrumentos, y los primeros que se pusieron en facha para bailar fueron los novios. Al sonido de las castañuelas de los concurrentes, *la Corza* y *el Mayo* empezaron sus acompasados movimientos, sus quiebras de brazos y de cintura, hasta que animándose por momentos, en las primeras mudanzas ya dieron á conocer la ardiente sangre africana que encerraban sus venas. ¡Qué de palmadas, qué de aclamaciones, qué de entusiasmos! A esta pareja siguieron otras, y después las restantes, hasta que sudorosos ellos, y fatigadas las jóvenes, hicieron punto para escuchar la voz de los *cantaos*.

Cuanto se diga es poco del efecto que producen en el alma esos sonidos de expresión tan conmovedora, que, ya robustos como el rugido de una fiera, expresan el más agudo de los dolores, ó bien, suaves como el murmullo de las aguas, imitan las más íntimas sensaciones de un corazón enamorado.

La hermosura principal de la fiesta estaba aquella noche menos comunicativa que otras veces. No se había separado de junto á su madre, y sólo á ruegos de su amiga, la desposada, abrió los labios.

Cuando á los acordes de la guitarra, con una melancolía sin igual, con una pasión arrebatadora, cantó:

Vente conmigo y haremos
una chocita en el campo
y en ella nos meteremos,

nadie pensó más que en aplaudirla frenéticamente y en beber el indefinible encanto que derramaban sus labios de carmín.

—Espejo de hermosura, luz de la Bohemia, ¿quieres que se cumpla el adagio de nuestra casta? Una boda trae siempre otra.

Estoy dispuesto á romper contigo *el cantar de la miel* en dos pedazos iguales.

Este dijo á *Estrella* cuando concluyó de cantar un gitano vestido hasta con lujo, mozo de veinte años y el más acomodado del Albaicín. Hacía tiempo que perseguía de amores á la muchacha, y aprovechó la solemnidad para declararse.

—Agradezco tus ofertas, *Pulido*, mas no habitaré el techo de ningún hombre sino del que me esclavice con el brillo de sus miradas. Tú no eres quien puede conseguirlo; déjame en paz para siempre. Y pronunció estas palabras con el más soberano desdén.

El desdeñado lanzó un rugido al escucharla. Su rostro bronceado se puso blanco de rabia, y la contestó: —La gacela se cree libre en el desierto por la velocidad de su carrera; pero los dardos del cazador la demuestran lo contrario. Mi venganza aguarda, pero no olvida.

—Eres un cobarde, y me alegro de haberte despreciado. Y con la majestad de una reina ofendida, volvióse al corro, entonando:

A las rejas de la cárcel
no me vengas á llorar;
ya que no me quites penas,
no me las vengas á dar.

III

Vino de la Corte para residir en Granada, á instancias del Sr. Presidente de la Chancillería, un tercio de arcabuceros reales. Llevaba la bandera D. Alonso de Cárdenas, hidalgo rondeño, buen mozo, en lo más florido de su juventud y decididor y amigo de los placeres, y sobre todo en los que podía mezclarse la verdadera gracia andaluza. Reuníase con bueno y malo, que su bolsillo, abierto siempre, le proporcionaba amistades infinitas. Quiso recorrer los barrios altos y participar de los festejos populares, y encontró la primera ocasión en las bodas de los castellanos nuevos. Ni su traje ni su alcurnia le permitieron aquella noche mezclarse con los apretados grupos; pero sí desde una altura cercana presenció la escena, y sus oídos la voz de *Estrella*, mágica circe, que le cautivó con sus melodías. Excusado es decir que el sueño huyó desde entonces de sus párpados.

A la mañana siguiente, vestido con su más rico coileto, cubierto con el chambergo, donde flotaba airosa pluma celeste, ceñida la banda roja, al costado pendiente la espada de gavilanes y montado en un potro cordobés, D. Alonso llegó al trote largo hasta la puerta del famoso *Hospital de los Reyes*; santiguóse devotamente al pasar por el recién construido monumento á la *Virgen del Triunfo*, y orientándose, enfiló una estrecha cuestecilla que á pocas revueltas le condujo al sitio de sus pensamientos.

En el dintel de su morada, en unión de su madre, *Estrella* se ocupaba en ordenar unas mercancías. Al ruido del caballo, que se detuvo, volvió el rostro, sorprendiéndose de encontrarse con tan bizarro caballero.

Vióla D. Alonso al sol claro, y más y más se entró la seductora imagen por las puertas de la voluntad.

—Dame, sol de Granada—le dijo,—un puñado de esa yesca, que no necesitaría de otra lumbre que la de tus ojos para encenderse en perdurable hoguera.

La joven, turbada, pero sin dejar la contemplación, alargó la mano, y á cambio del puñado de yesca, el caballero depositó en ella una onza mejicana.

—¿Podré hablarte?—repuso.

Iba á responder *Estrella*, cuando su madre, tomando cartas en el asunto, la mandó meterse dentro de la cueva.

—Marchaos, señor hidalgo—añadió en seguida; en estos terrenos se estropean los más animosos corceles, y las hijas de casta únicamente con los suyos tienen que entrar en contestaciones.

Tentado estuvo el de Cárdenas de aplicar un cintarazo á la que con tanta desfachatez lo despedía; pero reflexionando en el parentesco, hizo uso de las espuelas y fué á ocultar su enojo trotando por las murallas. Un testigo había tenido este diálogo. El gitano, el *Pulido*, que colocado en las *Vistillas*, era eterno centinela de los actos de la tribu.

IV

Entre las cosas que más obligan al amor naciente, son las contrariedades y los impedimentos. Entonces se forma la bola de nieve, y lo que era al principio un fugaz recuerdo, se convierte después en una necesidad imperiosa, sin la que no es posible la vida.

Y eso acontecía al hidalgo y á la gitana.

Ella no dejaba ni un instante de la memoria al gallardo jinete, y él sólo se ocupaba en buscar medios de comunicarle la pasión que á la moza supo inspirar.

Servía como paje á D. Alonso un soldado de las guerras de Flandes, tan diestro en repartir una estocada como en servir á su dueño en cualquiera aventura amorosa.

A Nuño, que este era su nombre, se confió el hidalgo, dándole órdenes y dinero para que principiase á negociar en su embajada.

Tres días, que le parecieron tres siglos, tardó en obtener las noticias que anhelaba. Nuño se había hecho amigo de los bohemios en la taberna *del Arco*, y después de enterarse de algunas particularidades, supo que *la Frascuela*, que decía la buena ventura por abolengo, era el único eficaz conducto para entenderse con la muchacha.

Prometió, hizo regalos y hasta oferta de *juntarse* con la Zingara cuando acabase su enganche, y aquella, á despecho de la vigilancia de la madre, tuvo entrevistas con Estrella, preparando, por último, una entre ambos amantes, en ocasión de una breve enfermedad de la reina.

Juráronse amor eterno, y muy de veras se olvidaron de sus tan distintas condiciones sociales, y hasta trocaron una sortija del galán por un amuleto de oro de la bella.

D. Alonso no se daba tregua en discurrir la manera de satisfacer sus deseos, y la inocente doncella no vivía sino para el rendido caballero.

Entendió el asunto la madre, y después de un breve consejo con los ancianos, dispuso para de allí á dos días trasladar con gran sigilo sus reales á la huerta de Valencia.

Estrella, absorta con sus doradas ilusiones, no comprendía nada de lo ocurrido; pero otro más listo descubrió el proyecto y empezó á urdir sus planes. Quiso la madre, como despedida á la Virgen, llevarla una ofrenda de cera por mano de su hija al altar, y al obscurecer de la víspera del viaje dejó entornada la puerta de su vivienda y marchó á cumplimentar el voto.

Instantáneamente una gitanilla, con la ligereza de un pájaro, entró en la cueva, saliendo á poco y arrojando un papel deslizado que le entregara el Pulido.

Volvieron las mujeres y cerraron su puerta; el silencio y las sombras se apoderaron de aquellos sitios.

Como á la media noche, un hombre se acercó á la puerta, y con gran maestría introdujo una llave, franqueándola. Después sacó en sus brazos á la joven, insensible, narcotizada por las drogas que arrojara la chucuela en el cántaro del agua, y con paso firme descendió la vereda. Allí lo esperaba un caballo atado á un espino, subió en él con su preciosa carga; pero antes con ronco acento, dijo:

—Volved, hijos de Beliat, á los arenales de donde vinisteis: pero sin la gala de vuestra tribu, que mi venganza la lleva para cobrarme del baldón que me arrojara al despreciarme.

—Detente, asesino, villano—exclamó frenético Don Alonso, que como de costumbre acudía disfrazado á esperar ocasión de ver á su adorada.

El Pulido obligó al caballo, pero el amante se colgó á las riendas.

—Suelta, ó te mato; ¿no tenéis bastante con las nobles damas, sino que también queréis envilecer á las hijas del pueblo?

Cárdenas, sin soltar la brida, asió con el brazo derecho las ropas de la joven.

El gitano desenvainó un largo cuchillo y asestó una puñalada al caballero. Este movimiento hizo que soltara á Estrella, que cayó en los brazos de su amante. Pero la hoja acerada la hirió profundamente en el pecho. Sin desenvainar la espada D. Alonso, saltó al cuello de su enemigo exclamando:

—Muere como un miserable perro, robador de mi ventura.

El gitano lo recibió con una sonrisa satánica, y al acometerle Cárdenas desarmado y ciego de dolor, le causó en la garganta dos profundas cortaduras, cayendo al suelo sin sentido.

El matador entonces se puso en salvo murmurando:

—Mejor es así; á la muerte se junta la deshonra. Estoy en paz; persiga siempre mi odio á todas sus generaciones.

V

Al madrugar los gitanos para preparar el viaje, les extrañó sobremanera que su reina no estuviera ya prevenida.

Llamaron, pero inútil. No sabían á qué atribuir el silencio, cuando uno de los mozos que bajaba de la plazuela á recoger una caballería dió un terrible grito de espanto.

Acudieron los demás, y presenciaron aquel cuadro de tristeza y desolación. Nadando en su sangre generosa, yacían en el suelo ambos jóvenes sin esperanzas de vida.

A golpes forzaron la cerradura de la cueva de la madre, que encontraron dormida, y sólo á fuerza de ro-

cíos de agua pudieron despertarla. No se daba cuenta de lo sucedido; pero al salir á la calle y ver los cuerpos de los asesinados que conducían sus deudos, volvió á caer sin conocimiento.

Seis días lucharon con la muerte. Ni su juventud, ni los exquisitos cuidados de todas las tribus, ni el de los doctores más famosos de la ciudad, ni la aplicación de las hierbas medicinales de Sierra Nevada, que la pobre madre les ofrecía ya con espíritu conturbado, pudieron detener su marcha destructora, concluyendo su vida unidos, como deseaban, en santo matrimonio por el señor Cura de la parroquia.

Acabados los funerales, la tribu abandonó para siempre aquellos funestos sitios, pero á la infeliz viuda no hubo manera de arrancarla de allí. Quedó al cuidado de unos honestos vecinos, obligándoles á subvenir á todas sus necesidades.

Pero había perdido por completo la razón. Su locura pacífica se cifraba en recoger cuantas hierbecillas descubría en los cerros de los alrededores, trayéndolas en el acto á la cueva. Así ocupaba su tiempo. Sin duda quería encontrar el específico útil á devolver la vida á aquellos adorados seres de su alma.

Los chicuelos, al verla tan descuidada en su traje, la denominaron *la Mare-Pinga*, y la compusieron un cántico que decía:

La Mare-Pinga
tiene una saya,
y en los bolsillos
lleva las matas.

Sí.

Y si le achuchan
se pone dos,
y un herbolario
y hasta un doctor.

Ay mare, mare, mare,
la mare mía la mareá,
toita llena de penas
que no se acaban jamás.

VI

Hace algunos meses oí cantar en los mismos lugares esa canción; pero con diferentes palabras. A pesar de que la imprimían un tono alegre, me causaba honda melancolía el escucharla, y especialmente las notas musicales del estribillo. Procuré indagar el origen y verifiqué algunas investigaciones, llegando á descubrir el drama ocurrido hace dos siglos en la placeta de los *Yesqueros*.

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

LOS SABIOS DEL DIA

Era Ramón un sabio, de los de tres al cuarto, que decía, siempre que el pobre despegaba el labio, alguna tontería; mas ponderando á todos su importancia hizo pasar por ciencia la ignorancia. He aquí un ejemplo: Ayer, doña Tomasa, dama de pergaminos y doblones, se quejaba con él de que su casa la estaban destruyendo los ratones, sin que ya le valiera tener gatos, y trampa y ratonera. Entonces se levanta de repente el sabio huero, y dándose en la frente un golpe con la mano, enfático pronuncia esta sentencia:

—«El ratón es astuto, pero en vano querrá luchar la astucia con la ciencia.

—¿Habrás medio?... —Señora, ¡hay mill! *¡La aplicación el vulgo ignora!*»

Atónita miró doña Tomasa á aquel de ciencia colosal prodigio, que añade: —«En esta casa no quedará ni de ratón vestigio,

pues ya, con mi talento, encontré el sin igual predecimiento.

—¿Cuál es?—Por *la atracción*, señora, trato de echar sobre el cuadrúpedo felino á ese intruso y malévolos inquilino.

—Y ¿qué es *felino*?—¡El gato!

—¡Ya!...—Un pedazo de imán se le coloca

al gato por encima del garguero; se forran los ratones con acero, y sin querer se vienen á su boca. ¡Oh! ¡La ciencia es la luz! ¡El genio crea! ¡Sublime aplicación! ¡Sublime idea!»

Dice doña Tomasa:—«¡Esas razones demuestran un saber extraordinario; pero me ocurre... —¿Qué?—¡Las opiniones!... Para poner el forro á los ratones, coger uno por uno es necesario, lo que exige, á mi ver, mucha paciencia; y entonces, don Ramón, sobra la ciencia, sobra el acero y el imán y el gato. —No es culpa del que inventa, una dificultad que se presenta.»

*Es la ciencia una verdad:
para aplicarla en el mundo,
en los libros estudiad;
hoy llaman saber profundo
lo que es necia vanidad.*

TEODORO GUERRERO.

Medio siglo de teatro.

1850 — 1900.

X

El pasado y el porvenir.—Lo antiguo y lo moderno.—¿Dónde está el regenerador?

A cada consideración que sobre el arte escénico hago, á cada artículo que escribo, siento que aumenta mi tristeza: evoco en ellos recuerdos de gloria, veo brillar su luminosa estela, y, vuelto de cara al porvenir, miro ansioso al horizonte, busco que en él resplandezca el primer rayo de la nueva aurora, deseo que su fulgor eclipse el brillo de aquella estela, y mi deseo y mi afán resultan inútiles.

“El sol que adoro
no amanece á templar la pena mía”

así dijo el Petrarca, y yo, en mi pequeñez, recordando sus versos, lo repito.

¿Será acaso que mi vista intelectual se ha debilitado? Será que formo parte de GENTE VIEJA y

“A nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor?”

Permitidme que io niegue: hay una relación entre los fenómenos físicos y los intelectuales que debe llamarnos la atención: pasada la edad viril, la vista no se acorta, *se alarga*, se ve más claro cuanto más lejos está el objeto que se mira.... así ocurre también con la inteligencia: los hombres maduros ven más á grandes distancias.... ¿Por qué, pues, no percibo nada en el horizonte?

Yo voy al teatro con el mismo entusiasmo, con la misma afición que cuando apenas me apuntaba el bozo; yo leo á Guyau con la misma delectación que á Víctor Hugo; Luis Bourdeau negando la inmortalidad del alma no me sorprende: me hace recordar al católico Chateaubriand cuando en su *Ensayo sobre las Revoluciones* decía, que el hombre ha llevado á tal extremo su potencia imaginativa, que ha pintado Elíseos en el negro fondo de la tumba: me admira Schopenhauer y me dejaría arrastrar por él si no ensalzara la belleza y perfección masculinas en términos que hubiera firmado con el mayor placer Oscar Wilde.... yo no soy, pues, un espíritu retrógrado.... yo no tengo prejuicios.... yo llego hasta á creer que el primer drama, no ya socialista, sino aun anarquista, que se escriba, haciendo ver el abuso del patrono sobre el obrero manual; el despotismo de los gobernantes sobre las masas; la desheredación injusta, indigna y asquerosa del obrero de la inteligencia, del proletario de levita, olvidado de todos, según acaba de proclamar en el Congreso un ilustre ex ministro conservador, alcanzará un éxito colosal y entre el aplauso de todos obtendrá el humilde homenaje de mi inteligencia....

¿Pero dónde está ese drama? Si Víctor Hugo, tras el prólogo del *Cromwell*, Biblia del romanticismo, no hubiese enloquecido al público con *Her-*

nani, la revolución romántica no sería, como es, hija de su poderoso genio: el movimiento se demuestra andando; y téngase en cuenta que el prólogo del *Cromwell*, que califica de nebuloso, sin decir por qué, un ilustre académico, es el estudio más brillante que sobre la literatura humana se ha escrito: pero el refrán vulgar afirma que "del dicho al hecho hay gran trecho", y el hecho es siempre en sí tan poderoso, que tal vez la santa doctrina de Jesucristo no hubiera prevalecido si Jesucristo no se hubiera inmolado en la Cruz.

Venga, pues, ese drama, venga ese autor, venga ese regenerador, ese Víctor Hugo modernista.... ¿dónde está?... ¡En ninguna parte!... ¡Dicenta ha podido serlo y le ha embriagado su gloria! La nueva generación está ansiosa de aplaudir.... aplaudir es amar, y el amor es la pasión de la adolescencia. La edad proveya, la vejez misma seguirían el movimiento.... Lo grande se impone siempre; pero, por piedad, no confundáis lo grande con lo hinchado ó con lo incoloro. Fundar el modernismo en el desprecio de la rima, recurrir para asentarlos a un simbolismo pedantesco, anular el interés, despojarse de la pasión, huir de la belleza, desconocer la inspiración, es demostrar impotencia y provocar el aburrimiento en el público.... Es muy fácil decir "soy un genio", pero es muy difícil probarlo.

Un literato nacido á la fama ayer, pero que quizá en ella no muera nunca, nos decía á los viejos desde las columnas de *El Liberal* que no comprendía cómo preguntábamos lo que era modernismo; y, haciendo alarde de su claro ingenio, nos demostraba que era el adelanto, el más allá, el avance progresivo de las generaciones.... ¡Es claro! ¡Eso es el modernismo: la evolución, el paso adelante! ¿Pero hay alguien que lo haya dado? ¿Hay alguien que clave en el torreón del pasado su bandera?

¡Porque GENTE VIEJA sabe lo que es modernismo, ha abierto un certamen para que los modernistas lo definan! ¡Quiere convencerse de que lo saben también, quiere conocer al paladín de la buena nueva! Para descubrirlo, bueno es alzar el palenque. Entre en él con la lanza en la cuña, derribe á los viejos, cosa bien fácil, háganlos perder los estribos.... el paso honroso lo es hasta para el que vencido muere la arena.... Alce su visera entonces el vencedor y cíñale la inteligencia, reina del torneo del siglo XX, la banda que proclame su señalada victoria.

Pero esa victoria sólo al genio está reservada; al genio auténtico, al genio atrevido, al genio invasor... "No confundirse" dicen bárbaramente los carteles de los comerciantes anunciadores.... ¡No confundirse! podemos nosotros repetir: hacer versos sin medida, anodinos é incoherentes; prosa sin sintaxis ni lógica, sin sentido; comedias sin interés, sin situaciones, ni acción, ni caracteres, es querer pintar un cuadro sin saber dibujo ni emplear colores: la vida no es un enfriamiento, no es un raciocinio, es una pasión, un contraste, una lucha. El teatro no es un Ateneo, no es una tribuna, no es un club.... el teatro es la vida reflejada en un espejo de cristales cóncavos, que, si bien empuñan la imagen, la dan más luz y más relieve; copiada en un espejo de superficie plana, y la imagen resultará pálida y sin contornos; copiada en uno convexo, y os resultará deforme.... Esto dijo Víctor Hugo y esto no puede ser contradicho.

¡Y dale con Víctor Hugo!—dirán los pseudo modernistas....—Víctor Hugo era un romántico.... el gran romántico, el que, como Cristo á Lázaro, levantó al romanticismo de Calderón y Lope de su tumba.... Eso de que el arte es la belleza, la naturaleza y la verdad, es hermoso, pero es antiguo y casi falso.... La realidad pocas veces es la belleza, y la realidad se impone.... verdad es que Goethe, otro anticuado, dijo que "la realidad es el suelo nutridor en el que brota la maravillosa planta del arte, cuya raíz debe hundirse en lo real y cuyo tallo debe florecer en lo ideal"; pero eso tampoco está á la altura de la generación presente: ¿á quién recurrimos?... ¿A Guyau? Es moderno, pero tiene mucho de idealista.... ¿A Bourdeau?... Este ya es otra cosa: es un materialista completo.... ¿Y qué dice Bourdeau? Pues dice "que lo bello, cosa relativa, implica la existencia de lo feo; y como lo feo sólo es tal por oposición á aquél, el ideal tiene por función suplir los defectos de lo real". Luego no

podéis prescindir de lo ideal, porque á lo real va unido: no podréis asir lo feo sin que lo bello lo haga resaltar; y esta doctrina, que vosotros creéis nueva, es absolutamente igual á la que sostenía Víctor Hugo, á la que le hizo crear á Cuasimodo en contraposición con Esmeralda.

Pero es que yanosotros,—me diréis acaso,—vamos más allá todavía.... Lo real mismo nos enoja y nuestro ideal es distinto al vuestro.... Vosotros, los románticos, habéis hecho el drama de pasiones; nosotros queremos hacer el de ideas: vosotros erais individualistas, pintábais la pasión, la desdicha, la lucha personal.... por eso vuestras obras mejores tenían siempre un protagonista.... Nosotros no queremos eso, somos colectivistas, nos arrastran las masas, nos inspiran las multitudes.... Muy bien, señores míos.... sois incapaces de decir esto con la precisión que yo lo digo; pero yo soy tan benévolo que me tomo el trabajo de formularlo, y me digno formularlo por el inmenso placer que me produce discutirlo.... Habláis del drama de ideas y habláis sin reflexionar que las ideas *per se* no pueden producir el drama: las ideas no tienen personalidad definida y la personalidad es la primer condición del arte escénico: las ideas no son en su esencia teatrales, hay que encarnarlas para hacerlas vivir. ¿Qué es *La vida es sueño* sino un portentoso drama de ideas? ¿Qué es *El mágico prodigioso*? ¿Qué *La tempestad*? ¿Qué *La muerte en los labios*? ¿Y dejan por eso de estar personalizados?

En sociología, como en matemáticas, todo se revierte á la unidad.... vosotros mismos lo confesáis al defender el símbolo como dechado de vuestras futuras obras: la realidad os desmiente, os abruma con sus pruebas: aunque vosotros no lo confesarais, no ha existido movimiento religioso, filosófico, artístico ó social, que no se haya encarnado en un hombre... ¿A qué voy á citarlos uno á uno?... Pues del mismo modo que todo gran movimiento intelectual se condensa en el escenario del mundo, en un hombre superior que arrastra á los que, sintiendo lo mismo que él, no lo expresan, ni lo definen, ni lo formulan, con la lucidez que él lo formula y lo expresa, así en el escenario teatral hay que engendrar el personaje ó personajes que abarquen y definan la idea que se quiere hacer percibir al público. ¿Tenéis genio para emprender ese camino? Pues seguidlo, y el triunfo será vuestro indudablemente: haced que vuestras ideas, encarnadas, en un personaje, luchan con las ideas antiguas, en otro personaje encarnadas: haced que del choque brote la chispa, que, puestas unas y otras en práctica, provoquen hermosos triunfos ó dolorosísimos desengaños, y habréis hecho obras dramáticas....; pero, por favor.... (por Dios no me atrevo á pedirlo)... No intentéis hacer tortillas sin huevos, como cierta patrona de dos pesetas con principio que yo tuve en mis mocedades, porque los huéspedes de las localidades del teatro se aburrirán de la representación y os abandonarán seguramente.

¡El drama de ideas! ¡Pues vaya una novedad que prometéis á nuestros espíritus! El drama de ideas ha sido siempre venero de grandes efectos teatrales.... y no es preciso remontarse á Shakespeare ni á Calderón.... Hablando hace algunas noches sobre este asunto con el profundo crítico Villegas, le recordé entre otros el drama *Mademoiselle de la Seiglière*, de Julio Sandeau, que Villegas conocía también perfectamente y que fué representado en el teatro de la Cruz allá por el año 1849. En él está planteado el problema entonces palpante de la lucha entre la antigua aristocracia y la clase media nacida del pueblo, y que en la ruina de aquélla, al ser barrida y expatriada por la revolución, había hallado su fortuna: un marqués legitimista ve confiscados sus bienes por los revolucionarios: compra estos bienes uno de sus arrendadores: el hijo de este arrendador llega á ser coronel en los ejércitos de Napoleón: el marqués vuelve á Francia con los demás emigrados: tiene una hija, y esta hija se enamora del coronel, que herido en las campañas ha vuelto á su hogar á restablecerse. El fiel arrendador devuelve al marqués su castillo, del que éste se cree injustamente despojado.... llega á saber los amores de su hija, y á pesar del rasgo generoso del padre del coronel, no quiere acceder á una unión que juzga desigual, por más que le devolviera su fortuna: cuando oye

hablar al arrendador del sudor del pueblo, conó testas:—¿Pues qué, lo que yo poseía no les costó sudar á más de veinte de mis abuelos? Pero el coronel de Napoleón se ha cubierto de gloria.... Gloria por gloria, ¿cuál de las dos es más legítima?... La hija del linajado marqués se casa al fin con el noble revolucionario, y la obra ejerce saludable influencia en la sociedad para quien fué escrita.

Así, así se presentan, y se discuten y se resuelven en el teatro los problemas sociales: con acción, con interés, con verdad, con conocimiento de la sociedad en que se aman: encarnado en un obrero las aspiraciones de todos los obreros; ponédle enfrente del patrono, representación egoísta del capital; haced que sus hijos se amen y los separe la diversidad de tendencias.... que luchen á un tiempo mismo los cerebros y los corazones.... que el Estado, por medio de la fuerza pública hiera al hijo del obrero en una huelga.... que por amor le evite la muerte la hija del patrono.... que haya contraste, que haya sacrificio, que haya interés.... ¡que haya drama! y lograréis el triunfo, pero afirmando, bajo vuestra palabra, que Núñez de Arce, y Sellés, y Balart, y Zapata, y Cano, y la gente vieja son unos *congrios*, sin que ni una obra vuestra logre triunfos parecidos á los de *Deudas de la honra*, *El nudo gordiano*, *Dolores*, *La capilla de Lanusa*, *La pasionaria*, etc.: sólo conseguiréis que el público sensato se ría de vuestras pedantescas afirmaciones.... ¡La avispa hiere al clavar su aguijón, pero le cuesta la vida su picadura!

MANUEL VALCARCEL.

BIBLIOGRAFÍA

Derecho administrativo, de D. Fernando Mellado; edición de 1899.

Fruto es este libro de los extensos conocimientos que sobre la materia posee, como pocos, el ilustre Catedrático de la Universidad de Madrid D. Fernando Mellado.

Con admirable sencillez, con gran acopio de conocimientos y con galanura en el estilo de verdadero literato, está escrita esa obra que cursan los estudiantes de la Facultad de Derecho.

Aquí, donde tales trabajos son más bien de consulta que de detenido estudio, la que hoy nos ocupa merece que se la rinda homenaje. La Administración en general y el Poder ejecutivo en particular, están tratados con facilidad tan grande y tan bien clasificados en sus múltiples funciones, que se hace grato su estudio é interesantísimo su conocimiento. Las ideas del Estado y de los Poderes constituidos aparecen perfectamente entendidas y clarísimamente expuestas: obra de tal naturaleza debe ser leída por todos, y tal vez se haría bien en llevar á efecto un extracto de ella y que se repartiera en las fábricas y talleres.

Enviamos, pues, á D. Fernando Mellado nuestro más sincero aplauso desde las columnas de GENTE VIEJA; y tenga por entendido que no lo hacemos *por ser de la casa*, sino por sus propios méritos.

*
*
*

¿Cuántos periodistas existen y han existido en España durante el pasado siglo?

Nuestro compañero Ossorio y Bernard, que en esta índole de investigaciones no tiene seguramente rivales, ha llegado á reunir noticias de unos *quince ó veinte mil*, y confiesa modestamente que han debido escabullirse otros tantos.

Pero como quiera que los datos conocidos bastan para un trabajo curiosísimo, Ossorio y Bernard lo está llevando á cabo en el folletín del diario *El Día*, con el título de «Ensayo de un catálogo de periodistas españoles del siglo XIX.»

Los folletines hasta ahora publicados encierran noticias no conocidas, anuncio de las muchas otras que han de seguirles, habiendo desfilado ya por sus columnas varios de los redactores de GENTE VIEJA.

Al felicitar á nuestro querido compañero por su obra, hacemos un llamamiento á todos cuantos cultivan el periodismo para que le envíen nota de su trabajo y representación en el mismo, á fin de que el Catálogo resulte lo más completo posible.

La cosa tiene para nosotros un aspecto más interesante: jubilado como periodista su autor, aún conserva bríos para una obra de semejantes alicientos, ante la cual habrían retrocedido no pocos jóvenes. Su éxito, por lo tanto, lo conceptuamos como propio.

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.